

Paz estuvo lejos de ser una relación cómoda y apantuflada. Nexo alimentado por la simpatía intelectual, por la pasión intelectual que es una de las pasiones más corrosivas pero también gratificantes, por el razonamiento de las diferencias y de las distinciones. El temperamento dialéctico de ambos lo hizo beneficiarse recíprocamente del aliento y de la tensión crítica. Lateral, colateralmente, esos altos hornos capaces de volver lívido el acero, a los entonces jóvenes espectadores que nos enterábamos de lo que se ventilaba, nos hicieron crecer el alma de otra forma y sin exageración puede decirse que de ahí nació, al menos en mi caso, un peculiar crítico-morfismo. Pero Rossi no necesitaba a Paz para escribir las páginas del *Manual del distraído* ni para descubrir esa forma híbrida del análisis y del cuento, de la confesión y del ensayo a través de la cual puso, por así decir, en circulación renovada y socializada la gramática de Borges, Bianco y Bioy. Rossi es, de hecho, como la pica en Flandes de *Sur* en *Plural* y *Vuelta*. De otra parte, muy probablemente sin Rossi Paz no hubiera refrescado su profunda pasión crítica, y no sé si es a Rossi que Paz le debe las lecturas de David Hume, Isaiah Berlin y Max Weber.

La amistad con o hacia una persona trasciende hacia su paisaje y su familia. *Plural* y *Vuelta* fueron, al igual que *Sur* y la *Revista de Occidente* y *Cruz y Raya*, pasajes y genealogías, familias y cristalizaciones donde se cruzaron y reconocieron —es decir, se dieron cuenta entre sí de su existencia escrita— autores como Gabriel Zaid y Tomás Segovia, Juan García Ponce y José de la Colina, Julieta Campos, Jaime García Terrés, Marco Antonio Montes de Oca, Teodoro González de León...

Pero, entre tanto, la noticia había corrido, el filósofo Alejandro Rossi se iba haciendo más amigo de la verdad de Platón que de la verdad a secas y esterilizada, por amor precisamente a la verdad de la existencia y de la teoría; iba construyendo con sus páginas cortantes del *Manual del distraído*, y luego con *Sueños de Occam* y *Diario de guerra*, una forma sui generis de literatura que se salvaba del impresionismo y la anécdota fácil sin caer en la elaboración insubstancial. Y eso sólo era el principio pues vendrían obras como *La fábula de las regiones* y *Edén* que afirmarían a Alejandro Rossi como un mediador luminoso de la verdad del conocimiento y de la experiencia, como un verdadero polinizador, guía magistral por los sótanos, azoteas, plazas y corredores de la oblicua Babel contemporánea, incluida en nuestra biografía interior. Obras todas que afirmarían a Rossi como un partero de almas bien nacidas en un mundo de aprendices y aprendizajes muchas veces cumplidos, muchas veces interrumpidos. Esta condición de partero de vocaciones literarias y filosóficas, humanas y civiles en definitiva, la tiene Alejandro Rossi por haber sido a su vez, a lo largo de sus trabajos y de sus páginas, un discípulo fiel de ese Maestro interior del cual nos habla Agustín de Hipona en su tratado *Del Maestro* y que tiene como sencillo y arduo propósito el despertar a la conciencia de sus sueños

y fantasías de buena y/o mala conciencia. Al labrar con pluma y palabra, tinta y aliento ese despertar de la inteligencia hacia lo real, Rossi nos conduce a tenerlo presente en nuestro día vivido y pensado, escrito y leído. De ahí viene este renovado tributo a su figura plural, a su frugal figura. —

— ADOLFO CASTAÑÓN

## LA REGIÓN APLAZADA

A su manera, Alejandro Rossi tarda en llegar a Venezuela. Y digo *tarda* para apartarme de la circunstancia biográfica o familiar, y más bien recentrarme en la recepción crítica de su obra. En verdad siempre la tuvo cerca —y mucho más mientras envejecía, como quien vuelve a los orígenes en vida y obra—, pero más como referente vital que como paisaje intelectual. Evocar a Venezuela, por supuesto, era evocar a su madre, su bella y recordada madre Guerrero, y a través de ella vendrían paisajes, hábitos, aprendizajes, tías sin oficio y parientes incisivos. La preservó como un tesoro en sus años adolescentes, la siguió recordando a la par de su formación intelectual en México, pero me parece que, al menos por un largo tiempo, le interesaba más como referente novelesco —ver *La fábula de las regiones* e incluso más *Edén/Vida imaginada*— que como territorio de discusiones o tribunas intelectuales. Los debates de la patria lejana —los avatares de la política, las promociones de las que hubiera podido formar parte— los observaba con una sabia distancia; nunca con indiferencia, por supuesto, pero sí con el escozor de que esos paisajes, pudiendo ser suyos, valían más como destino alterno, como *vida imaginada*. Tarde, mucho más tarde, llegarían las compañías intelectuales: con Juan Nuño, por ejemplo, mantuvo una especie de hermandad (se reconocían, me parece, en la extraterritorialidad); al maestro Federico Riu le guardaba cierta veneración; y de otras amistades que habitaron sus años filosóficos se resentía al reconocer apuestas extraviadas y desviaciones políticas sin fondo. Es en los años postreros, se diría, que el mejor Rossi regresa a su punto de origen —si es que el imaginario de un fabulador puede tener alguna vez punto de origen.

La primera travesura, creo, se la debemos al narrador José Balza, quien en 1987 logra que Monte Ávila Editores haga una reedición local del *Manual del distraído*, nueve años después de la primera edición mexicana. Esa reedición caraqueña que es hoy pieza de colección, con una portada grisácea y un grafismo desvaído que según muchos recordaba a Diderot, introducía en la comarca literaria venezolana un sentido de extrañeza. ¿Por qué Balza en sus entrevistas promocionales, o por qué Nuño en su prólogo asertivo, intentaban demostrar que este brillante escritor era una pieza perdida de la tradición venezolana? Sacábamos las cuentas de las promociones y de los grupos literarios de las últimas décadas, y ni en unas ni en otros calzaba



esta extraña figura. Se trataba entonces, decían algunos, de un advenedizo; o quizá más bien, decían otros, de un hijo pródigo que regresaba revestido de otras escuelas del pensamiento. Lo cierto es que las pequeñeces se dejaron de lado para que una lectura cabal, sobre todo de los más jóvenes, se abriera paso y reconociera a un autor sin igual, de tono e intereses distintos, de género inclasificable. Un aire de frescura, de libertad, tan ansiado por las nuevas voces, llegaba justo a tiempo y se convertía en protector de los más experimentales, de los más inseguros. Rossi era, según esta conseja, una referencia ineludible que nos permitía descubrir otra tradición dentro de la tradición. Con razón, se decía, convenía vivir lejos de estas tierras: en las antípodas, admitíamos, la voz podía convertirse en otra cosa.

Ese ejercicio de enraizamiento forzado lleva a Balza a cometer un acto más temerario: en la reedición de su antología *El cuento venezolano*, publicada en 1990, a diferencia de lo dispuesto en la edición original de 1985, incluye de Rossi el relato "Sueños de Occam". Ya esta afrenta, para las mentes conservadoras, rayaba en el desafío. ¿Cómo era posible que a un visitante ocasional se le extendiera la alfombra roja en una compilación genérica del siglo XX, y precisamente de cuento moderno, quizás el género de abolengo del que más se precian los autores venezolanos? Con un relato brevísimo, más

pieza reflexiva que otra cosa, Rossi pasaba casi inadvertido al lado de las grandes catedrales del siglo –Uslar Pietri, Teresa de la Parra, Julio Garmendía, Guillermo Meneses–, pero su tono, sus motivos, su discurso aparentemente intrascendente, seguían horadando la piedra sepulcral y creando orificios por donde corría primero un riachuelo apenas sonoro y luego un torrente de significación y frescura. Dos décadas han bastado apenas, si no menos, para que los narradores que se iniciaron en los años ochenta lo tengan como una referencia indiscutible. Poco importaba ya el sello de venezolanidad que algunos le exigían –y menos con un autor que renegó de todas las patrias posibles–, pues lo que todos celebrábamos era precisamente su aire cosmopolita, su formato de burladero en donde tantos embestían, la noción de que todos podíamos ser unos y múltiples. Las nociones que nos habían alimentado por tanto tiempo podían ser dañinas sino se relativizaban con distancia, humor y sana ironía.

Pero la Venezuela de la infancia, que no la del presente turbulento, regresa a Rossi de la mejor manera posible: como paisaje humano, como paraíso perdido, como recuperación del hablar materno. Y es en esa indagación de los últimos años, tan hermosamente presente, por ejemplo, en *Edén/Vida imaginada*, donde el maestro nos demuestra una realidad que es nuestra

pero desconocida, que es entrañable pero escrita por otro, que es tangible pero sólo podemos imaginar. Esa Caracas de familias numerosas, de niños traviesos; esa manera de ser en el tiempo; esos afanes que de tan nuestros no distinguimos; esas tensiones que no sabemos apreciar se muestran al desnudo porque un habitante del horizonte pudo verlas desde allí y reflejarlas para fortuna de nuestra memoria narrativa. Hizo falta ese distanciamiento, hizo falta la fundición de patrias varias en un solo destino de soledad y recorrido, para que esta obra prodigiosa, la del último Rossi, fuera nuestra como ninguna otra de las que hemos tenido. —

— ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

## EL MÁS INESPERADO "OTRO"

### Cuatro preguntas a Alejandro Rossi<sup>1</sup>

*Como los protagonistas de Edén/Vida imaginada, usted fue también en su infancia y en su juventud un gran viajero. Nace en Italia, pasa su infancia y su adolescencia entre Argentina y Venezuela, hace sus estudios en Inglaterra y Alemania, y al final se instala, vive y escribe en México. ¿Cómo y por qué llega a este país y decide quedarse en él? ¿Cómo se inscribe una figura cosmopolita como la suya en el paisaje de la vida intelectual y literaria mexicana?*

Mi padre era italiano, de Florencia, y mi madre de Venezuela. Crecí en una casa bilingüe y desde muy temprano me acostumbré al tránsito entre lenguas, culturas y países diversos. También yo nací en Florencia y en Italia pasé la infancia, cruzada de algunos viajes a Venezuela y a Francia. Viví en Venezuela y en Buenos Aires, donde llevé a cabo —años decisivos— mis estudios de bachillerato. A México llegué de Estados Unidos, atraído por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México, que reunía entonces lo mejor de la inteligencia en lengua española. Iba en busca de una lengua literaria y me parece que fue en esos años cuando elegí el castellano. A mediados de los cincuenta conocía Octavio Paz y con él compartí, años después, la aventura de las revistas *Plural* y *Vuelta* (de la que fui director interino) y a través de ellas tomé parte activa en la modernización del debate literario y político mexicano durante casi tres décadas.

*Edén es un libro que transcribe y recrea varios episodios de la infancia y la adolescencia de un chico florentino, Alessandro, Alex, El Negro, en cuyos rasgos el lector ha de reconocer rápidamente los de usted, los del autor. Su libro se sitúa en ese territorio intermedio entre novela y autobiografía que algunos designan hoy con el término de “auto-ficción” y otros llaman simplemente “autobiografía novelada”. ¿Qué lo condujo a elegir este género más contemporáneo, que colinda con la ficción, en vez de las tradicionales memorias o la autobiografía?*

<sup>1</sup> Entrevista realizada con motivo de la publicación en Francia de *Edén (Edén / Vie imaginée*, traducción de Serge Mestre, Éditions Gallimard, collection Du monde entier, 2009) en el Salón del Libro de París (marzo de 2009), inédita en español.

Es difícil contestar a esta pregunta, pues los mecanismos que mueven la memoria y el deseo nunca son evidentes para aquel que escribe. Le diré que, en principio, sólo quería contar un episodio o un puñado de episodios de la vida de un niño italiano que huye con su familia de una Europa en guerra y marcha a América Latina pensando que algún día regresará a Italia, que su viaje es un viaje de ida y vuelta. Pero no es así, Alessandro no vuelve jamás porque en el transcurso del viaje entra en la adolescencia, descubre un mundo desconocido que lo fascina y también esa embriaguez del amor y del mal que nos destierra para siempre de la infancia. Contar esto en clave de autobiografía me habría privado probablemente de una libertad que hace del relato de las aventuras y desventuras de Alessandro algo, espero, bastante más atractivo e interesante.

*La historia de Alessandro y su familia es la de una huida pero también la de una búsqueda. Dejan una Europa en llamas por un continente desconocido e incierto: esa América Latina que los acoge y hace posible que la vida de todos vuelva a empezar. Pero hay algo más en la historia de Alessandro: la búsqueda de una identidad que se lleva a cabo no sólo entre dos continentes sino entre varias lenguas, basta el punto que uno llega a preguntarse si una de las claves de esta historia, que es la suya, no está en el becho de que al final esté escrita en castellano y no en italiano.*

Efectivamente, uno de los temas centrales de *Edén*, como puede verse en el texto mismo, es el paso de una cultura y de una lengua a otras. Alessandro, en el libro, no ha dejado aún de hablar italiano y algunos de los eventos más importantes de su vida de adolescente, como enamorarse, por ejemplo, los vive en italiano. Pero el hombre que cuenta la historia de este muchacho es un autor de lengua española prácticamente desde siempre y hoy no podría ni querría emplear otra lengua para contarla. Así que “el niño dicta y el hombre escribe”, sin que se sepa muy bien dónde está el punto que marca la solución de continuidad entre ambos, pero cualquiera que sea lleva la marca de un cambio de lengua.

*En México Edén obtuvo en 2007 el premio Xavier Villaurrutia, uno de los más prestigiosos e importantes que se otorgan en su país. ¿Cómo imagina usted que será leído su libro en Francia? O, mejor, ¿cómo le gustaría que se le leyera aquí?*

Quisiera que el público francés, de tanta prosapia literaria, leyera *Edén* sin esperar exotismos fáciles o mensajes de redención política. Me gustaría que el libro se leyera como un libre ejercicio de la memoria y la imaginación que intenta cernir ese sutil movimiento de la vida que va transformando a los seres y las cosas, y los va convirtiendo, sin que ellos lo sepan muchas veces, en una prodigiosa materia nueva, en el más inesperado “otro”. —

— GUSTAVO GUERRERO